

œ

LOS MACHOS SE DUERMEN PRIMERO

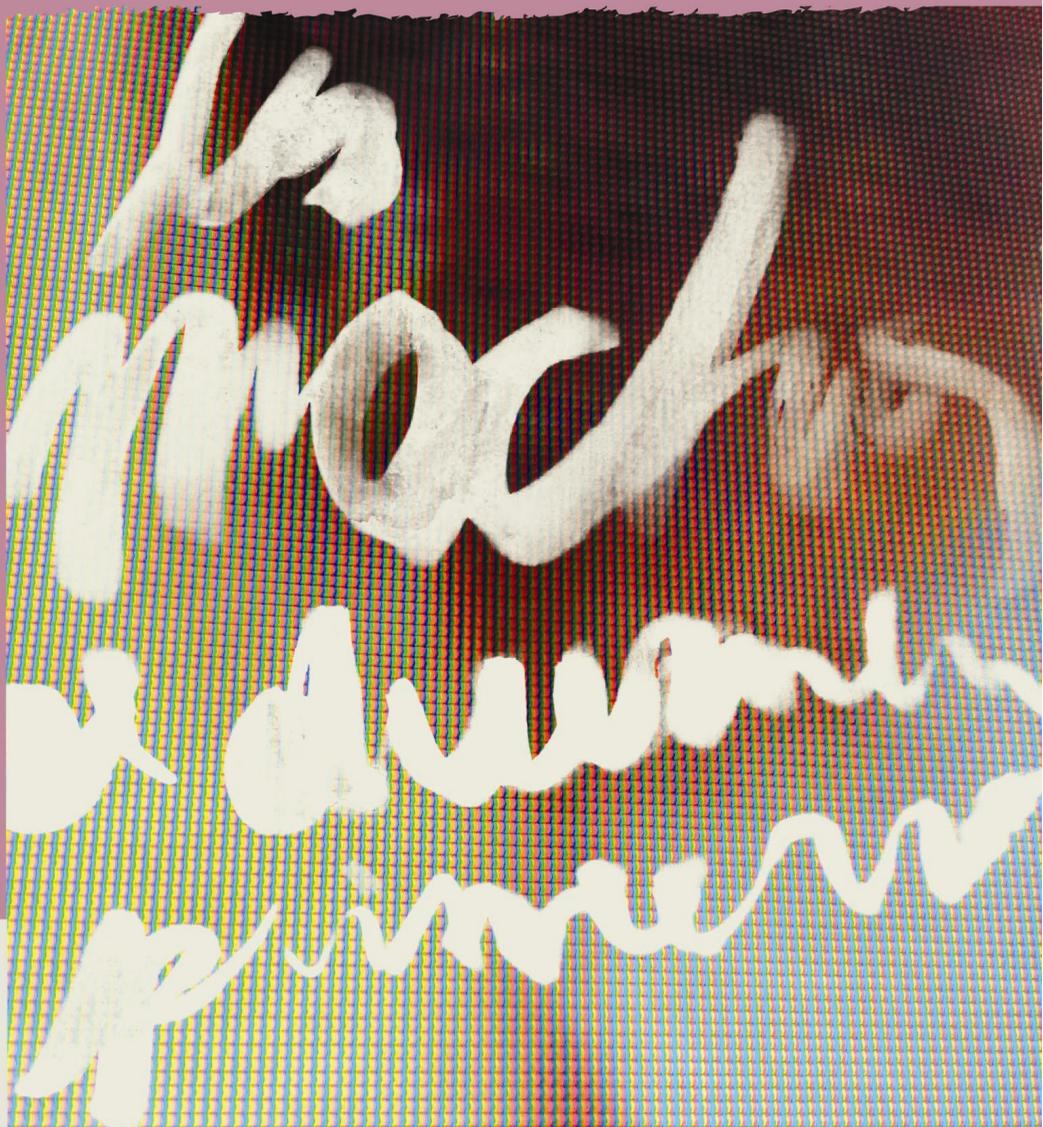


RODOLFO OMAR SERIO

LOS MACHOS SE DUERMEN PRIMERO

RODOLFO OMAR SERIO

OI



REM

MORÓN BABELA UN POCO PERO NO RONCA. SU CARA TIENE una expresión apenas severa mientras duerme. Detrás de sus párpados, las órbitas de sus ojos se mueven de un lado a otro a toda velocidad, hay actividad REM. Me pregunto con qué sueña; le toco la cara, está apenas tibia. Cuando uno sueña, el calor corporal se desregula, el cuerpo se libera de la temperatura constante y cede ante el frío de la habitación. Lo despierto.

—Eh, ¿qué pasa?

—¿Qué estabas soñando?

—¿Cómo?

—Estabas soñando, ¿qué estabas soñando?

“No sé”, me dice, y balbucea algo más que no entiendo, mientras se acomoda y se duerme de nuevo. Tal vez en un rato vuelva a soñar. *A lo largo de una noche se sueña*

durante una hora y media o dos, más o menos lo que dura una película de Hollywood. Los sueños son como películas yanquis en las que todo el tiempo explotan cosas: en lo más profundo del cerebro, un torrente de estímulos desata la actividad neuronal; la frecuencia cardíaca se dispara al compás de una respiración que alterna entre la agitación y la calma; mientras uno, como en un thriller bien hecho, experimenta todos los estados de ánimo. Esa es la verdadera traición de Rita Hayworth: la de Hollywood, pero también la de los sueños.

De alguna forma extraña, los sueños están emparentados con el cine. Algunas noches, mientras dormimos, protagonizamos una película. A veces los sueños aparecen entrecortados, difusos, ásperos, imposibles de reconstruir, como en *Memento*. Otras veces nos despertamos con la brutal angustia de haber estado en un pueblo del que nadie quiere irse jamás, como en *Big Fish*. Intentamos gritar y no podemos. Volamos. Caemos desde precipicios. Escupimos los dientes. O justo antes de morir, nos despertamos.

Todavía era un adolescente cuando dejé de soñar. Fui y le dije a mis papás que no soñaba. Al principio no me dieron bola, pero insistí tanto que me llevaron a un psicólogo. Me había obsesionado con el tema de los sueños. Les preguntaba a las personas si soñaban en color o en blanco y negro, les pedía que me contaran sus recuerdos. Estaba seguro de que yo no soñaba, y tanto molesté que me consiguieron una consulta con el Licenciado Petrovich, un psicólogo del Centro. Todavía me acuerdo del día que entré a su consultorio por primera vez, tenía las paredes pintadas de gris y

muebles de madera oscura. Era invierno y, aunque la estufa no estaba prendida, había olor a gas. El licenciado me dijo que no olía nada pero que lo iba a investigar.

En la segunda sesión, el Lic. intentó convencerme de que yo soñaba, solo que mis barreras de represión eran más fuertes que lo común y por eso no lo recordaba. Las únicas barreras de represión las tenía él: ¿a quién se le ocurría pintar un consultorio psicológico color gris ceniza? Fui tres o cuatro veces más, hasta que me derivó a una psiquiatra, la doctora Rojas. La psiquiatra dijo que mientras no hubiera afectaciones de la memoria no importaba si soñaba o no. Pero esta vez fue mi mamá la que no se convenció: si me faltaba algo, tenía que ser malo. Y dio con un neurólogo, el único del país especializado en cuestiones del sueño, el doctor Ducrot.

Fernando Ducrot me encantaba: sonreía todo el tiempo y tenía ese glamour que tienen los médicos jóvenes; tan parte del sistema, con sus modos, reglas y diplomas, y a la vez, un poco transgresores. Tenía unos treinta y pico de años y usaba una camisa un poco desabrochada. Parecía siempre la misma camisa pero estaba impecable: nunca supe si era la única, si justo usaba esa el día que lo veía, o si tenía varias iguales.

Tuvimos un par de consultas y me hizo unas pruebas. Me pusieron un casco medio ochentero, con varios cablecitos conectados a una computadora con diskettes de 5 y 1/4. Apretaban botones y me hacían pensar en cosas: "ahora pensá en una montaña. Ahora en un elefante. Ahora en una casa rosa". Cuando dijeron lo de casa rosa me reí.

Una vez me dijeron que fuera por la mañana, sin dormir la noche anterior. Como no sabía qué hacer para no dormirme, me puse a jugar al Circus, mi juego preferido del Family. Siempre llegaba hasta una pantalla en la que el payaso tenía que hacer acrobacias, se caía y se rompía la nuca, pobrecito. Esa mañana llegué al consultorio, muerto de sueño. Me enchufaron la gorra de Marty McFly y me dijeron que me acostara en la camilla. Al fin, iba a dormir. Cuando me desperté, ya estaba bajando el Sol. Los doctores tenían impresos metros y metros de papel con líneas que sombreaban mi actividad cerebral. Toda esa parafernalia sirvió para que me dieran la razón: yo no soñaba. El doctor Ducrot y su compañero me diagnosticaron el Síndrome de Charcot-Wilbrand, esto es, la incapacidad de soñar.

El Síndrome es una enfermedad extraña sobre la que no se sabe mucho más que cuando fue descubierta, allá por las épocas en las que Freud todavía era un pendejo merquero, obsesionado con el incesto y las cosas raras. Mi papá les preguntó a los doctores qué iban a hacer conmigo, si me iban a medicar. El doctor Ducrot le dijo que no y le recomendó que me alquilara películas, una por día: “A lo largo de una noche se sueña durante una hora y media o dos, más o menos lo que dura una película. Si el chico se mira una película, compensa la estimulación neuronal que pierde por no soñar”. Lo más prudente era reemplazar mis sueños con películas: una explosión de estímulos, una estructura narrativa similar, dos horas de acción, una locura.

LOS MACHOS SE DUERMEN PRIMERO

"El imaginario argentino con todas sus tensiones puesto a funcionar en un chico puto de oniria desenfrenada y hambre de amor: esta es una novela hilarante que hace de la tragedia argentina una farsa, de la pulsión homicida una fiesta extática, de la forma de construcción social que padecemos, una ocasión para el amor y la risa franca y abierta. Esta novela preciosa tiene algo de eso, de tomar las cartas de siempre y dar de nuevo como si quisiera contar la historia argentina en clave de marica cinéfila y delirante (...) Algo es seguro: lean esta novela, no se van a arrepentir".

Gabriela Cabezón Cámara

Una casa sin revoque. Una muñeca fea. Una actriz que siempre huye. Un cura copado. Una travesti pasada de sustancias. ¿Un amor? Y un niño con voz de pito, dispuesto a desafiar las ideas de género del gran líder de masas. ¿Qué puede salir mal?

O I

RODOLFO OMAR SERIO

ISBN 978-1-9998593-3-6



9 781999 859336



omnívora
editor